

¡Resistid, malditos!

Alberto Campo Baeza

*“Que la creación es más que el Poder y el Arte más que la Política.
Que inmortales son las OBRAS
y no las guerras ni los bailes de los príncipes”.*

Milan Kundera / La Inmortalidad

Aquellos 28 ya lejanos

“Por razones de una casi diríamos que obligada continuidad, el número que el lector tiene en sus manos debiera ser la puesta al día de una presunta escuela o manera madrileña.” Casi así empezaba Moneo su artículo “28 arquitectos no numerarios” publicado en Arquitectura Bis hace ya, nada más y nada menos, que diecisiete años. Esta escuela o manera madrileña, intentada repetidamente, se ha visto ya como imposible: tan heterodoxos, tan inclasificables, tan variopintos, tan insumisos eran, somos y serán, afortunadamente, estos arquitectos de Madrid. Y es que la libertad es base imprescindible para toda creación que merezca la pena.

Y lo que en las páginas siguientes de aquel artículo se planteaba como confrontación Madrid-Barcelona, que siempre ha sido irreal en este terreno de la Arquitectura, sirvió sin embargo de apoyo eficaz para impulsar a aquel grupo de arquitectos que por entonces empezábamos esa ya clásica batalla de la eterna

confrontación del artista con la Sociedad. El artista, el arquitecto intentando levantar para ella sus mejores obras. La Sociedad, tantas veces empeñada en no dejarse. Pues en esas coordenadas de aliento e impulso a los arquitectos más jóvenes de Madrid es en las que se encuadra este escrito.

Pero, ¿qué pasó con aquellos 28 no numerarios que allí se engarzaban por mor de “su edad, su dedicación a la enseñanza y su voluntad crítica”?

En cuanto a la edad, el tiempo, inexorable, ha pasado igual para todos ellos, aunque su huella ha sido muy distinta. En sus obras, como en su entendimiento de la vida, ese tiempo ha sido un juez implacable.

En cuanto a su dedicación a la enseñanza, también en aquel grupo han pasado cosas muy diversas. Cinco de aquellos son ya hoy catedráticos de Proyectos en la Escuela de Arquitectura de Madrid: Juan Navarro Baldeweg, 1984; Alberto Campo Baeza, 1986; Manuel de las Casas, 1987; Antón Capitel, 1992; y Gabriel Ruiz Cabrero, 1995. Víctor López Coteló, en Munich, 1995. Y Juan Antonio Cortés, de Composición en Valladolid, 1989. Y siguen en la enseñanza, como profesores de Proyectos en la Escuela de Madrid, otros diez. Dos como titulares: María Teresa Muñoz, 1988, que fue directora del Departamento de Proyectos, de 1988 a 1991, y Javier Frechilla, 1993; y otros ocho como profesores asociados: Ignacio de las Casas, Javier Bellosillo, José Manuel López Peláez, Francisco Rodríguez de Parterroyo, Eduardo Sánchez, Daniel Zarza, Jerónimo Junquera y Estanislao Pérez Pita.

Y en cuanto a la voluntad crítica, también ha sufrido lo suyo. La natural tendencia a la acomodación ha sido superada sólo por unos pocos, los que de aquel grupo siguen produciendo una arquitectura rigurosa o escribiendo unos textos más profundos. Aquellos, su figura y sus obras, en los que el tiempo pasa a favor, los que resisten en este increíble ejercicio de resistencia que es siempre la Arquitectura.

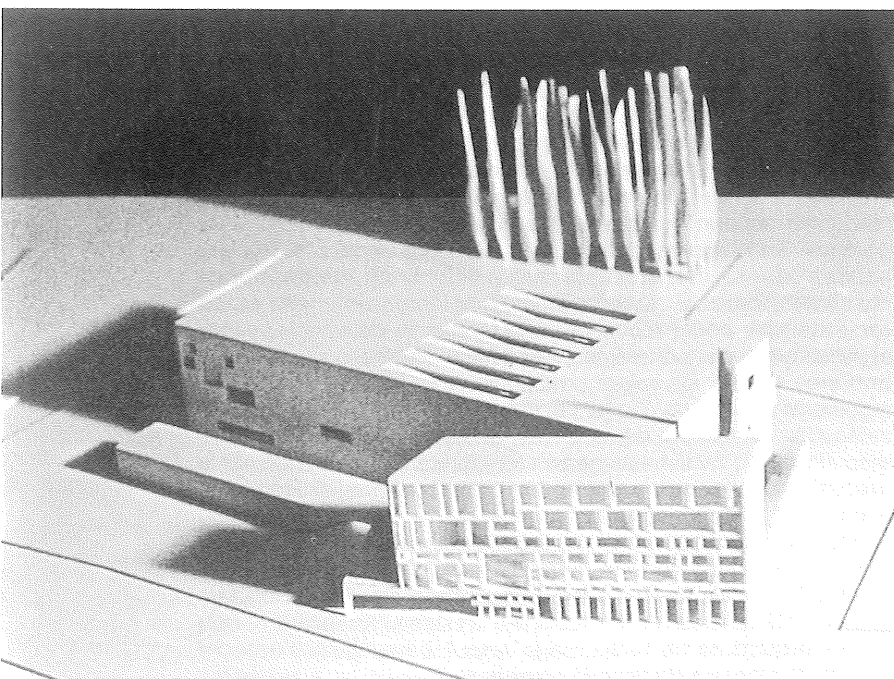
Con una determinada determinación

Con el fin de alentar esta resistencia, he escrito a lo largo de estos años algunos textos sobre la joven arquitectura española.

Ya en 1977, en el artículo “7+7+7” publicado en la revista A+U de Tokyo, proponía una lista cuyos nombres, casi todos, estarían en la de los 28 arquitectos no numerarios que Moneo publicó al año siguiente en Arquitectura Bis con el mismo fin de alentar e impulsar a aquella joven arquitectura de Madrid.

Más tarde, en 1985, en el Process Architecture también de Tokyo, escribí “The Architecture of Madrid: An unrestrainable avalanche”. Allí, la mitad del artículo, y del número, estaba dedicado a los por entonces jóvenes arquitectos madrileños. Y en el mismo año insistí en la misma operación con el mítico “Young Spanish Architecture”, que se consideró el libro rojo de la joven arquitectura española, pues en este caso se incluía a arquitectos de todo el país.

Tuñón-Moreno Mansilla. Auditorio en León.



Y luego, en 1992, volvía a la carga en “Arquitectos”, la muy difundida revista del Consejo Superior de Arquitectos de España, con el artículo “Arquitectos del siglo que viene” donde, de la mano de Italo Calvino y haciendo al final un “dribling” para no descubrir los nombres, se realizaba la misma operación.

Y todo ello acompañado con referencias explícitas, listas y comentarios en, por ejemplo, diversos anuarios del diario El País o en diversos artículos en revistas y periódicos sobre arquitectos concretos.

La intención ha sido siempre la misma: defender y animar a los arquitectos más jóvenes, en este caso de Madrid, ante una Sociedad cada día más inculta e ignorante en materia de Arquitectura.

El título de un artículo que publiqué con estas intenciones en El País en 1985, “Saturno ya no devorará a sus hijos” era muy expresivo en esta actitud.

Y ¿quienes y cómo son éstos a los que en el encabezamiento de este artículo se les llama malditos y se les conmina a resistir? Son un grupo de arquitectos de Madrid que están en esas coordenadas en las que se inscribían aquellos 28. Son un grupo de arquitectos jóvenes, todos ellos con dedicación a la enseñanza, profesores de Proyectos de la Escuela de Arquitectura de Madrid, y con una voluntad crítica patente en sus obras. Como aquellos 28, pero con más intensidad si cabe todavía.

Rasgos de familia

Aunque este grupo ciertamente rebelde en su indisciplina no se siente explícitamente ligado a los maestros de las anteriores generaciones, y despliegan ante ellos un incalificable pudor, en cuanto se rasca un poco muestran su admiración y respeto. No en vano son reconocibles en todos ellos, en mayor o menor grado, los rasgos familiares: la finura de Sota y la bravura de Oíza. La naturalidad de Cano Lasso y la precisión de Carvajal. La erudición de Fernández Alba y la cultura de Moneo. La rebeldía de Fisac y la sencillez de Cabrero, y el sentido de la construcción de Corrales y el ingenio, ya en el recuerdo de nostalgia, de Molezún. Todas estas notas reaparecen de muy diversas maneras en estas nuevas arquitecturas.

La impresionante calidad de la arquitectura del grupo de los maestros españoles, cuya importancia se acrecienta con el paso del tiempo, no puede dejar impasibles a éstos que ahora, como si de una carrera de relevos se tratara, han cogido el testigo.

Y aunque estos rasgos familiares sean genéricos no deberíamos dejar de apuntar ciertos mayores parecidos, por lo menos formales ¿sólo formales? más concretos. Así, podemos ver a Sota en muchos de los trabajos de Sancho y Madrdejos. Y a Oíza siempre como latente en los proyectos de Aparicio. Cabrero y Cano Lasso aparecen sutilmente en Aranguren y Gallegos. Y Corrales y Molezún en Ábalos y Herreros. Y hay algo de Carvajal en Matos-Martínez Castillo. Y de Moneo en Tuñón. Y



Sancho-Madrdejos. Polideportivo en S. Sebastián de los Reyes. Madrid.

algo del talante de Fisac en Cánovas-Amann-Maruri. Y así podríamos, en esta extensa familia, seguir buscando y encontrando, lógicamente, rasgos comunes.

Saber, saber enseñar. Querer enseñar

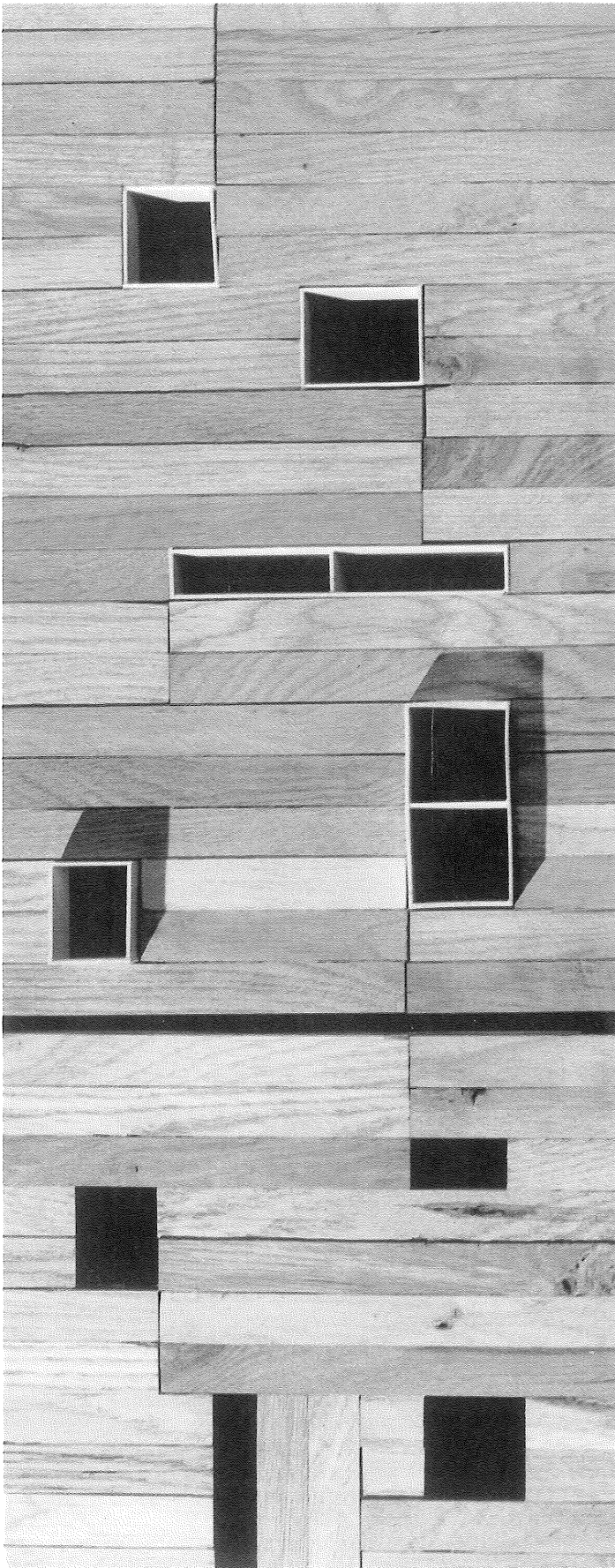
Todos ellos tienen el común denominador de estar en la enseñanza. Para este grupo de jóvenes arquitectos de Madrid, la docencia de Proyectos en la Escuela de Arquitectura no es algo añadido. La preparación de sus clases, la elaboración y publicación de sus programas, la real dedicación de tiempo son algunas muestras de cuán básica es esa dimensión en su entendimiento de la Arquitectura.

Cumplen aquella triple condición que Julián Marías exigía al docente: “saber, saber enseñar, querer enseñar”.

Saben, siguen estudiando y pensando. Saben enseñar, pues todos ellos, aunque en grado diverso, son pedagógicamente muy válidos. Quieren enseñar porque se vuelcan con generosidad con su tiempo para la docencia.

El grupo más consolidado es precisamente el que está integrado por los más jóvenes Profesores Titulares de Proyectos:

Cánovas-Amann-Maruri. Centro de acogida. Cadalso de los Vidrios. Madrid.



Ábalos-Herreros, Aranguren-González Gallegos, Aparicio y Sancho-Madrirdejos. Y se prevé de inmediato una buena cosecha de tesis para este curso académico entre el resto, grande, del grupo. Naturalmente esa dedicación intensa y la calidad y el rigor de su docencia se ve reflejada en el enorme número de alumnos que quieren siempre estar en sus clases.

Puedo dar fe de que sus correcciones, sus críticas de Proyectos, muy alejadas del me gusta o no me gusta, tienen la teoría como quicio. Despliegan todos ellos una gran capacidad de análisis que, lógicamente, se ve reflejada en sus obras. Intentan, y esto ya es más difícil, que no haya aproximaciones formales de sus alumnos a su arquitectura.

Saben, saben enseñar, quieren enseñar.

Éstos son más cultos

La generación de aquellos 28, que es precisamente la generación del mayo del 68, consiguió cargar sus alforjas culturales mucho después de su paso por la Escuela. Aquella Escuela nuestra había abandonado la estatua y el lavado como símbolo de muchas cosas más y se entregó sin mucha reflexión y con cierta superficialidad a Mies, a Le Corbusier y a Aalto o, mejor dicho, a sus formas. Sin entenderles demasiado bien. Quizás con el mismo entendimiento, más formal que conceptual, que sus propios profesores.

Los pocos de aquella generación que se decían más cultos, lo que eran era sólo algo más leídos. Con la pequeña erudición rebozada de pedantería que provee la corta edad. Y es que el tiempo de la asunción de la cultura es, afortunadamente, algo más lento. Es el "tempo" del paladeo y disfrute, que requieren de una cierta lentitud.

Algunos otros de aquella generación, con más peso, fueron madurando y acrecentando su cultura, disfrutando de ella y resistiendo al hilo de aquellos criterios que describía Moneo al encuadrarlos en su artículo de Arquitecturas Bis: la edad, la dedicación a la docencia y el sentido crítico.

Para casi todos ellos la realización de la Tesis Doctoral, casi siempre con tema histórico, fue ocasión de poner a tono los instrumentos de análisis con los que el pensamiento debe enfrentarse al hecho creador que es la proyección arquitectónica. Y a casi todos ellos les sirvió para profundizar y aumentar el rigor tanto de su docencia como de sus obras.

Pues todo esto, y más, es lo que han hecho, con una velocidad de crucero ciertamente mayor, y también quizás con una mayor intensidad, esta joven generación de arquitectos que hoy aquí se presenta.

Suele coincidir ya el tema de sus Tesis Doctorales con la teoría que despliegan en su enseñanza y en su obra. Y su cultura, ya desde la propia Escuela, ha sido también más sólida. Lo que necesariamente les ha llevado a ser más rigurosos, a hacer una arquitectura que, casi siempre, quiere ser de ideas, de ideas construidas.

Siguiendo la larga tradición española, son bastante heterodoxos en cuanto al seguimiento de las modas: o no las siguen o no admiten que se les diga que las siguen. No hay ningún "minimalista" ni ningún "deconstructivista" ni ningún "hightech", etcétera, aunque puedan contaminarse, insisto en que en una vía heterodoxa, de muchos de estos "ismos".

Y su cultura y el rigor que de ello deriva les ha llevado a expresar también por escrito sus ideas. Escriben. Y en esto también parecen distanciarse de sus mayores. Intentan explicar las claves de aquellas ideas y teorías en las que apoyan su arquitectura. Y publican con frecuencia. Todas las revistas españolas han incluido sus escritos, y cuando se les queda corto el espacio crean sus propios medios. Esta situación quedaba bien reflejada en CIRCO, un prestigioso "fanzine" creado por Tuñón, Rojo y Mansilla, donde escribieron Sancho-Madrirdejos un certero

texto: "La paradoja del vacío", y fueron respondidos con "Una conversación", más ligera y divertida como les corresponde, por Ábalos-Herrereros. Todos, siendo muy diferentes entre ellos, pertenecen a este heterogéneo grupo de la joven y rabiosamente interesante arquitectura de Madrid.

Los pies fuera del plato

Sin llegar a anunciar sillas, como Gehry, ni "yogur", como Bofill, saben estos arquitectos que ya no es verdad aquello de que "el buen paño en el arca se vende". Un arquitecto encerrado en el arca a lo más que puede llegar es a apollarse o a enloquecer o a morir. Y no sólo es el natural comunicarse con los demás, que es una de las razones de todo proceso creador. Es algo tan sencillo como que si no hay obra. Y si no hay obra construida, no hay Arquitectura. ¿Han visto ustedes algo más ridículo que el toreo de salón? Así, sin toro, cualquiera.

Y estos arquitectos lo saben bien. Y procuran difundir sus obras a los cuatro vientos. Para comunicar a los demás que es posible, todavía, la Arquitectura. Y si hay que sacar los pies del plato, los sacan. Como los maestros.

Bien se preocupaba Le Corbusier de que las fotos de Villa Savoye reflejaran la portentosa arquitectura contenida en aquella caja de Pandora. Y si tenía que poner un sombrero y unas gafas sobre la mesa, las ponía. Y Palladio, como todavía no se había inventado la fotografía, se despachaba con sus cuatro libros. Con la clara idea de difundir aquella arquitectura de la que tan convencido estaba. Y Utzon, como ya se había inventado la fotografía, dibuja con sus manos en movimiento una conocida imagen que sintetiza estupendamente su operación de Sidney,

Pues éstos, igual. Saben que no pueden estar recluidos. Y no sólo han sacado los pies fuera del plato sino que han acabado por darle una patada.

Concursitos interruptus

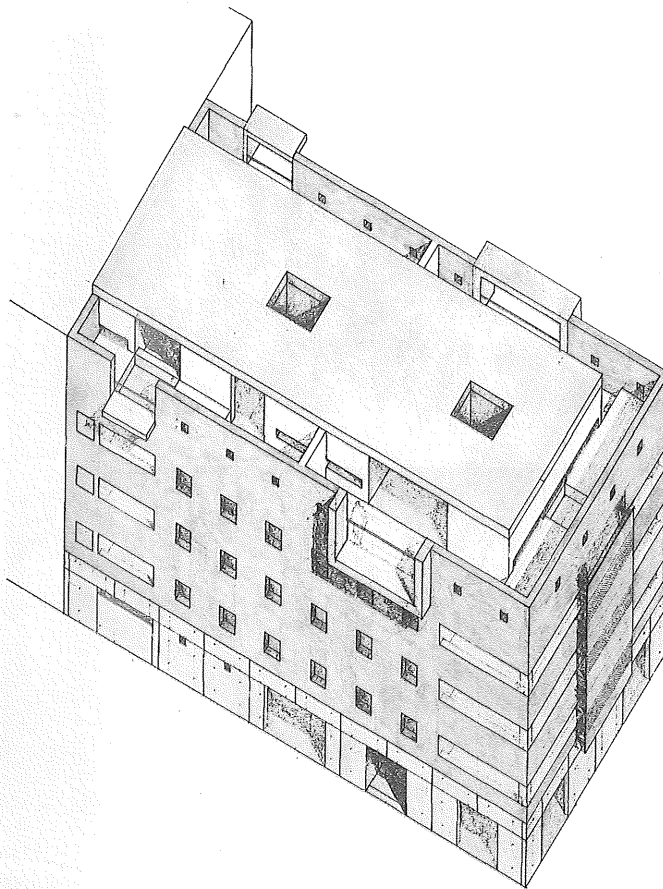
"Soy alguien traumatizado por los concursos. Estoy lleno de cicatrices, algunas heridas todavía están abiertas. Y no soy el único. He visto a muchos amigos, participantes o colaboradores, en un estado lamentable muchos meses después. En el mundo de la Arquitectura llegará un día en que también nos acabarán matando... Se ha de conocer lo que es un trabajo realizado en equipo durante varias semanas, a veces meses. Con qué pasión y con qué fe se lleva a cabo. La cantidad de trabajo que se anula para cada consulta. La humillación, ya sea justificada o no, ante un resultado que no es objetivo. Un proyecto perdido que te hace llorar a escondidas, lo olvidas en silencio y bebes... como si hubieras perdido algún ser querido. Algunos de estos proyectos no te abandonan nunca, vuelven de nuevo como una obsesión concreta y te dicen que, a pesar de todo, aún existen."

Así de duro se expresaba Jean Nouvel en 1984. Aunque coincidiendo con este amargo testimonio, empecé el Centro Árabe en París tras el cual no ha parado de construir.

Y es que los concursos, duros cuando se pierde y gozosos cuando se gana, sigue siendo el eterno recurso de los jóvenes.

Y así, algunos Arquitectos mayores de edad, pero jóvenes sempiternos de espíritu, siguen incansables presentándose a los concursos al mismo ritmo con que la Sociedad devora a muchos arquitectos jóvenes en edad, que con escéptica sonrisa ante los concursos, firman incansables construcciones denigrantes.

Pues este grupo de jóvenes arquitectos, profesores de Arquitectura de la Escuela de Madrid, no sólo se presentan insistentes a los concursos, sino que además los ganan: Aranguren-Gallegos (Europán, Bentaberría), Ábalos-Herrereros (M-30 Madrid, RENFE Madrid, Palencia, Usera), Sancho-Madrídejos (Ópera París, San Sebastián de los Reyes, San Fernando de



Aparicio. Viviendas en Salamanca.

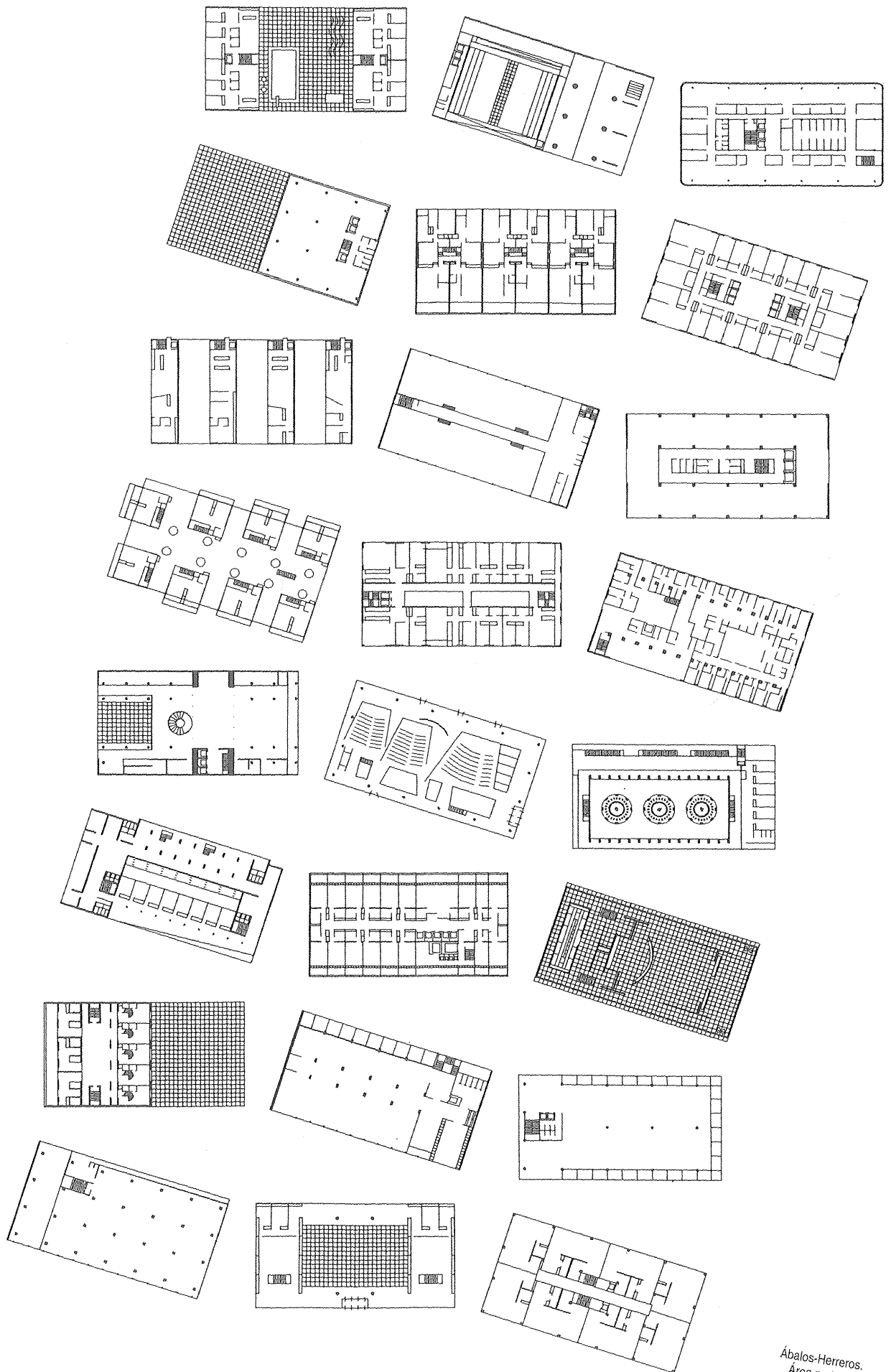
Henares), Aparicio (Congreso de Madrid, Bienal Venecia) y Cánovas-Maruri-Amann (Zaragoza, Cadalso de los Vidrios). Tuñón-Mansilla (El Águila, León) y Matos-Martínez Castillo (Palladio). Y muchos otros cuya enumeración sería interminable. Claro que esto esconde detrás algo que se olvida fácilmente: el que también hay muchos otros concursos, más, perdidos en los que se ha derrochado tiempo, dinero y lo que es más importante, ilusión y creación.

Todavía recuerdo con qué claridad me exponía Clorindo Testa, el gran arquitecto argentino, cómo puestos uno tras otro todos los participantes en aquel concurso, en el que él participaba y había perdido, podían llenar la larga calle Ribadavia de su Buenos Aires querido. Y se quejaba de la inutilidad de aquel derroche cruel. Pues me temo muy mucho que estos jóvenes arquitectos de los que hablo tienen todavía la suficiente ilusión como para lanzarse al volcán del último concurso anunciado: el de la ampliación del Museo del Prado en Madrid. Y es que son incombustibles.

Y además no hay organismo que garantice, aunque debiera, el que esos concursos ganados se construyan. Ya una vez escribí largo sobre el tema. Y titulé el escrito "Concursitos interruptus", expresando así cuántos resultados positivos quedan fallidos, sin consecuencias, cuando la Sociedad se niega a construir un proyecto ganador. Se podría, con el método de Clorindo Testa, llenar otra larga calle argentina de proyectos jamás ejecutados.

Nombres, nombres

Pero ¿quiénes son estos arquitectos de los que hablamos? Son un grupo, que ya empieza a ser bien conocido, de presuntos implicados en esta triple red de la edad, de la dedicación a la enseñanza y de la voluntad crítica.



Abalos-Herreros.
Área portuaria.
Abando, Bilbao.

M^a José Aranguren y José González Gallegos, Iñaki Ábalos y Juan Herreros, Jesús Aparicio y Juan Carlos Sancho reúnen la condición de ser profesores titulares de Proyectos en la Escuela de Arquitectura de Madrid. Todos ellos, menores de cuarenta años. Son la "pièce de resistance" de este grupo.

Aranguren y González Gallegos, que partieron de postulados más formales elaborados con gran habilidad, han calado en el rigor y han depurado sus formas en unas obras de gran contenido espacial.

Ábalos y Herreros, con posiciones ligadas a la vertiente de la Arquitectura en la que la Tecnología muestra su faceta más brillante, evocan sus conexiones ora con Herzog y de Meuron, ora con el mejor Goldsmith de los SOM.

Aparicio sigue en su empeño radical en unas arquitecturas primigenias de gran densidad y fuerza que, por fin, empiezan a levantarse.

Sancho y Madrideojos han logrado poner en pie con pasmosa coherencia sus teorías sobre el vacío como germen del espacio arquitectónico en unas obras repletas de luz y bien temperadas.

Para suerte de la Escuela de Arquitectura de Madrid, son éstos sus titulares más jóvenes, todos sin excepción, espléndidos arquitectos y docentes de prestigio bien consolidado, que basan tanto en esta su fuerte coherencia entre teoría y práctica como en su constante dedicación a la enseñanza.

Algunos ya son doctores, como Gazapo; y otros están a punto de leer su tesis doctoral, como Matos-Martínez Castillo, Cánovas-Maruri-Amann, Tuñón-Mansilla, Sobejano-Nieto y Ruiz Barbarín. Este requisito, imprescindible para lograr la titularidad en la universidad española, les está sirviendo como motor para mantener encendido el pensamiento con el que alimentan su docencia y sus obras.

Y en esa misma tesitura se encuentra otra grupo de profesores con el tema aprobado o a punto de aprobarse, que intenta buscar tiempo de debajo de las piedras para desarrollar esa labor de investigación: Soto, Colomé, De la Mata, García Gil, Gómez García, De Blas, Pardo, Soriano. Y Corrales, Herrera, Lapuerta, Moure, Santamaría, Mera-San Vicente, Maroto, Lleó, Revillo, Torrelo, Burgos, Vaquero, Feduchi, Cano Pintos, García Pedrosa, Pieltain. Y los más recientes Garrido, Torres, Ulargui, Pesquera y De Miguel.

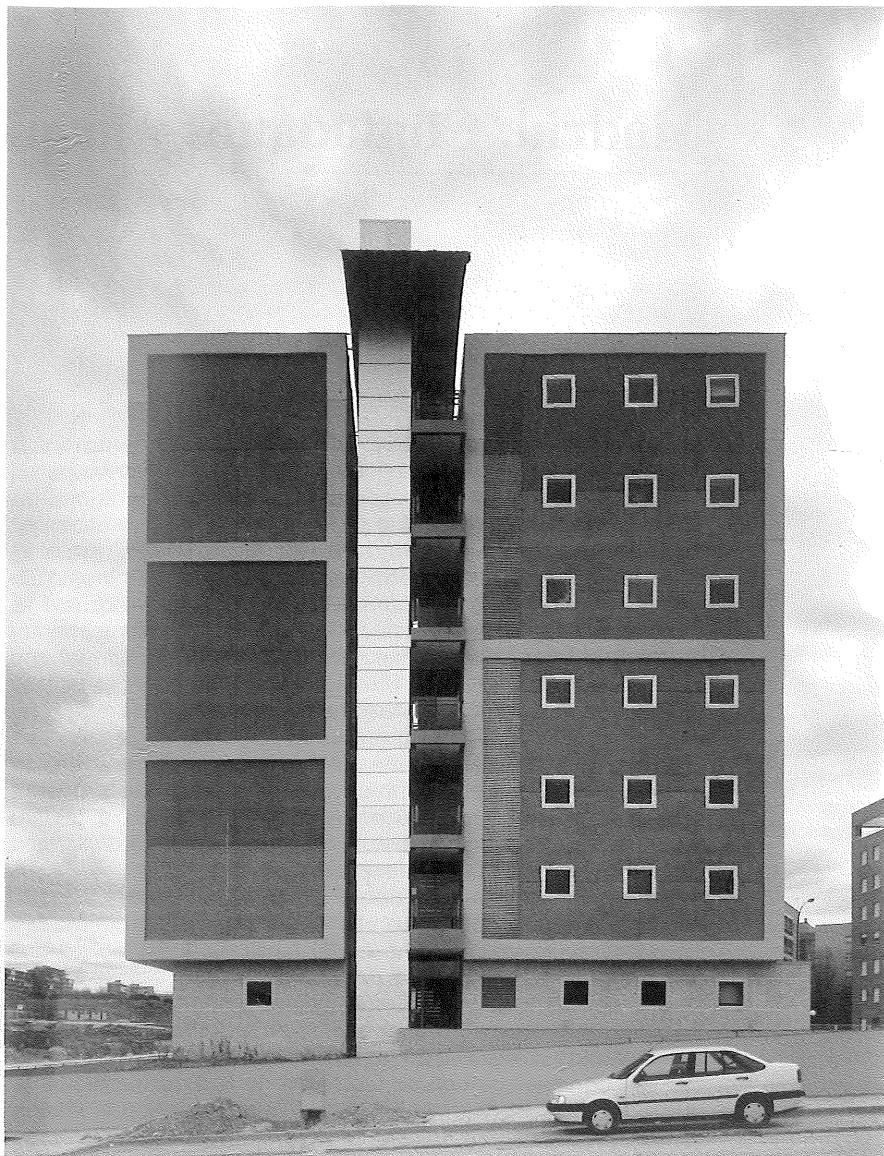
Taladrando la historia

Esta historia, cuyo último capítulo por ahora intentamos escribir, es continuación de aquella de los 28 y quisiera conectar también con aquella de Carlos Flores en su *Arquitectura Española Contemporánea*; espléndido, extenso y profundo documento de una época muy bien reflejada allí. La época de los maestros.

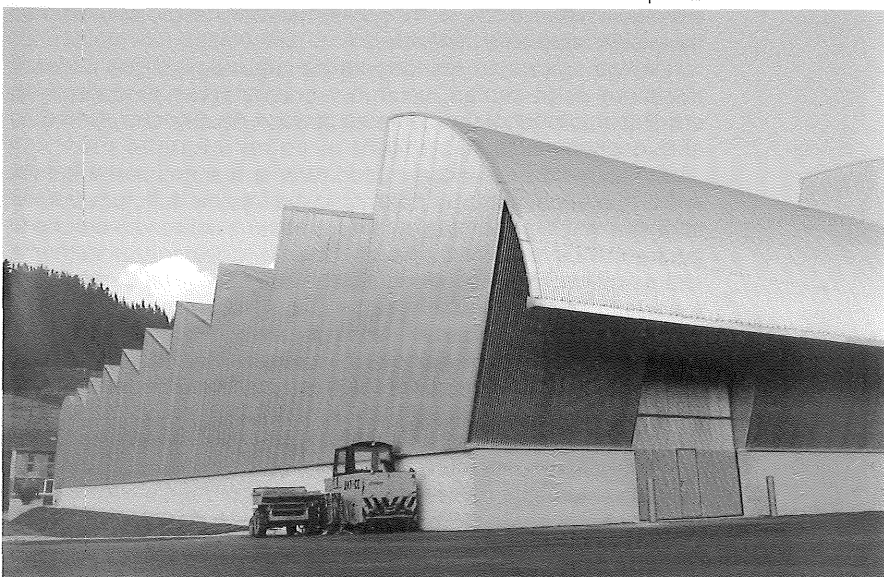
Como la misma Historia, más que círculos cerrados, estas propuestas van siendo como aros de una espiral que es continua y no excluyente, y donde los elementos constituyentes se vuelven como en toda espiral a encontrar muchas veces. Y, como toda espiral, tiene la capacidad de, taladrando la Historia, avanzar como un berbiquí.

Y si de aquellos ya lejanos 28 se apuntaban unas características que eran algo difusas, yo apuntaría en este grupo de jóvenes arquitectos de Madrid que son los del nuevo milenio unas más definidas. Tienen una sólida base de profunda cultura. Crean todavía en la Arquitectura como hecho de creación. Demuestran coherencia entre sus obras ya levantadas y las teorías en las que se basan. Son idealistas, con ideas capaces de ser construidas. Son libres, con la difícil libertad que conviene al arquitecto creador.

Y si a estos malditos artistas, tan cultos, tan coherentes, tan idealistas, tan libres, hubiera que animarles a no rendirse, yo concentraría todo el aliento que quiere contenerse en este texto, en sólo dos palabras: ¡RESISTID, MALDITOS! ■



Aranguren-González Gallegos. Viviendas en la M-40. Madrid.



Matos-Martínez Castillo. Fábrica en Oñate. Guipúzcoa.